

LA VILLA Y EL ZUMBIDO

■ María Luisa Santos Escobedo*

Hacer la crónica histórica requiere de información documental y de la versión oral que nos dan nuestros mayores, sobre acontecimientos vividos y contados por sus antepasados. Recuperar la memoria histórica de nuestro pueblo, es una tarea grata que realizamos por etapas, según sea el acontecimiento y los tiempos en que la presidencia municipal programa su celebración.

En nuestra querida Villa empieza el año, y el mes de enero presenta uno de sus rostros hacia el año que comienza y lanza con el otro con una mirada despectiva al año que se aleja; nuestros antepasados iniciaron su vida independiente el 17 de marzo de 1828 y realizaron sus primeros esfuerzos llenos de entusiasmo, con una gran fe en resolver los problemas más apremiantes. Los lugareños contemplaban el porvenir lleno de bellas promesas y de nuevas esperanzas.

Un amanecer en la Villa comenzaba a las cinco de la mañana. Empezaban a abrirse los tendajos de don Jesús y de don Beto, y el tajo de luz que salía de las rendijas de cada puerta cortaba en parte, la oscuridad de la calle. La quietud de la Villa era sacudida por el sonoro ruido de la campana de la iglesia de nuestra señora de Guadalupe, por las calles se veían desfilar a las primeras devotas, envueltas en sus chales de lana, que iban con paso presuroso a escuchar fervorosamente la misa de la mañana.

El pueblo se sentía seguro, la policía no tenía que desarrollar mucha energía ni violencia alguna, para que la tranquilidad y el orden fueran estables. El alcalde don Mauricio de los Santos informa que solo se recaudaron mil pesos de multas, cobradas a los parroquianos por

los gritos intempestivos que exhalaban, en las cantinas del otro lado del río, en el tunal o zumbido.

La paz tranquila de este pueblo, así decía el alcalde idóneo, se recupera con solo mandar cerrar dos radiolas chillonas que se encontraban al otro lado del río y no dejaban dormir con la tranquilidad debida a mi compadre Macedonio, munícipe del pueblo.

No tardaban en pasar los hombres, los niños y algunas mujeres con las tinas de nixtamal para el molino, donde se tardaban mucho, porque a veces no llegaba la luz hasta que prendieran el motor que la generaba; ahí en el molino en la penumbra de las banquetas de madera, se cabeceaban un sueñito y los que estaban bien despiertos se dedicaban, irreverentemente y sin piedad a difundir la obra del alcalde o a hacer trizas la honra de los demás.



Mujer con capa

*Estudios de educación primaria y secundaria en Villaldama, Nuevo León; Educación Normal: Ing. Miguel F. Martínez, Monterrey, Nuevo León; Escuela Normal Superior del Estado con especialidad en Ciencias Sociales; Educación de Posgrado: Escuela de Graduados de la Escuela Superior del Estado con maestría en educación media. Autora de varios libros. Presidenta de la SNHGyE. 2007-2008. Miembro de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales de Nuevo León.

La Villa rodeada de grandes valles, de bellos coloridos, de mediodías calientes y bochornosos, “aligerados por las aguas del río Sabinas que pasa al sur de la población apoyado con sus arroyos de la Coyota, la Tora, Álamos, Carrizalejo, el Puertecillo y la Laguna. Los árboles abundan en las márgenes del río y en la plaza Juárez, que crecen a base de regadío de la noria; en el olímpico río no se forman pantanos, porque tiene muy buena corriente”. (Informes de alcaldes, 1880-1882. Archivo Municipal)

Después de misa en la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, las tiendas y tendajos se llenaban de compradores, estos históricos lugares conservaban sus lustrosos mostradores de madera, con sus frascos limpios llenos de dulces, los canastos con pan de dulce cubiertos de limpios manteles, los casilleros bien ordenados, donde se podía comprar desde una tela de manta hasta un perfume francés.

La gente se apretujaba para alcanzar el mejor lugar, para ser atendidos primero y después de regatear el precio pedían el pilón acostumbrado; no faltaban dos o tres clientes, que hacían plática al dueño y se quedaban al último, porque en forma discreta y susurrando al oído del tendero le decían, me das un kilo de harina, un cuarto de manteca y dos tomates me los apuntas aquí en la libretita, ahí te abono después.

Los paisanos trabajaban duro en el campo, en la mina y en los talleres; después de tomar su oloroso café hervido y sus gorditas de manteca con frijoles, huevo, tomate y chile del monte picante a más no poder, recibían las calorías necesarias para las tareas y reconfortados del frío invierno, se despedían felices y se frotaban las manos para decir ¡ahora sí pariente, a trabajar!

Las actividades productivas como la minería, con la explotación de metales como plata, plomo y zinc; la agricultura a base de diferentes semillas como el maíz, cebada y trigo, las cosechas eran pródigas, se sembraban muchos frutos, lo que más abundaba era la caña de azúcar, había hasta siete molineras.

Con el brillo azul del cielo que circunda el horizonte de la Villa nos dicen los informes de 1882: “es un pueblo situado al norte a treinta leguas de la capital”. En las memorias de don Bernardo Reyes, se expresa que la distancia que la separa de la capital del estado es de 94 kilómetros.

El río Sabinas que riega la población sufre melancolía después de rebasarse sus límites en la época de lluvia; si pasas por el alegre caserío, llegas al campo donde escuchas el trino del cenizote y el cardenal; el suelo era muy fértil, había sembradíos por todas partes, en tiempos de lluvia se veía el verde de las milpas de maíz, frijol y trigo en los alrededores de la Villa especialmente en sus haciendas de El Potrero y Santa Fe.

Con el puntual y constante amor que se siente por estas semidesérticas tierras nos parecía exquisita la fragancia que despedían las blancas flores de la anacahuita, de la palma del monte y hasta las amarillentas flores del huizache rodeados por el tenue color morado de los cenizos; todo esto complementado con maderas de buena calidad como el encino, pino, pinabete, haya, álamo, mezquite, nogal, barreta, y para limpiar el fresco aire, los verdes cubre vientos.

La importante y hermosa flora, rodeada por la fauna en la que figuran por su instinto salvaje, el león americano el guardián de la sierra, el oso negro, el gato montés; sin faltar el rey de los cuadrúpedos en este lugar, el coyote que nos hace famosos por su gentilicio, que habitaba cerca de las rancherías y de las majadas; además del jabalí, tlacuache, tejón, comadreja, venado, acompañado por los insectos como la mosca, zancudo, avispas, mariposas, hormigas; reptiles como la víbora de cascabel, los alicantes y la gran variedad de aves.

La Villa era limpia y sana por su situación geográfica y su clima cálido en verano y frío en invierno; el aseo de las calles quedaba a cargo del señor Guadalupe Ramos que para mantenerlas bien aseadas mandó comprar una mula blanca y un macho jolino para estirar el guayín que cargaba varios tanques con agua.

El hombre en su lucha por separar los espacios físicos de cada pueblo, se vio obligado a proporcionar los datos jurisdiccionales de los municipios. La forma de dar estos datos era tan sencilla como natural, eran los límites o puntos de referencia, y así lo hacían por el norte la Sierra de Minas Viejas, hasta La Mesa de Morenos, de allí una línea recta del punto denominado La Espantosa; al suroeste de La Espantosa una línea recta a La Mojonera de Palma Gorda así los picos y ranchos los tenían como punto de referencia para los límites.



Sin Título

El sol trataba de asomar su carita triste, por su ubicación geográfica la Villa era poco favorecida por las lluvias, sin embargo, a veces las nubes claro oscuras coqueteaban con el sol, seguidas de un sordo zumbido que amenazaba la atmósfera; lo primero que llegaba era el “nortazo” con tal fuerza, que hasta los árboles se retorcían; de los truenos seguían los relámpagos que se dibujaban en la Sierra de Gomas, semejaban una noche de fuegos artificiales, los truenos se sucedían con un brutal sonido y de repente, empezaba a caer el granizo que preocupaba mucho a los campesinos, pendientes siempre de sus cosechas de maíz, el milagro de San Isidro Labrador se hacía, el granizo dejaba de caer y en su lugar llegaba con esas grandes gotas de agua que la tierra sedienta absorbía.

Para los labradores era una bendición del cielo estas lluvias, al día siguiente contemplaban la milpa de un color verde esmeralda, sus hojas antes tristes, ahora lucían con brillo acerado, era la mayor alegría, pues pronto la cosecha se iba a recoger. Caen verticales los rayos solares y las lagartijas lucen sus verdes lomos en los remates de las altas tapias que guardan silenciosas la tranquilidad de sus pobladores.

A las personas de edad avanzada y a los jóvenes, nos pasa lo mismo, nos embarga la nostalgia al recordar en nuestra querida Villa, que a lo largo del arroyo Álamos, se levantaban varias caleras, ahí trabajaban ramos y recogedores de piedra para cal, eran trabajos duros que resolvían temporalmente la situación precaria de algunas familias.

Recordamos también la época de la molienda, los cañaverales tenían el máximo rendimiento, favorecidos por las lluvias, que en algunos años eran muy abundantes, los trapiches se establecían en su propia labor; las mujeres acompañadas de amigas a veces recorrían los tres o cuatro kilómetros que distaban de la cabecera municipal, como la de don Priciliano Villarreal estaba en la Hacienda de Santa Fe; otra muy solicitada era la de don Lalo Villarreal, a unos doce kilómetros de la cabecera; ahí se llegaba en carreta en coche de caballos o automóvil.

La gente llegaba desde temprana hora con las tinas llenas de pinole, que ellas se encargaban de tostar el maíz, molerlo en el molino de mano con canela y anís y como toque final el corazón de nuez. Todas las señoras que venían a guisar piloncillos, se apretujaban en derredor del puntero y eso era de revolver y revolver la melcocha, y sus ingredientes con la ayuda de una cuchara de madera, para después depositar la espesa mezcla en los moldes de barro; primero lo de pinole que son los que endurecen primero y después lo de miel y corazón de nuez, que tardaba más y era un lujo comer este rico dulce.

La molienda para todos los que peinan cabello blanco, era un día de campo para los niños que se la pasaban probando dulce, caña de azúcar; sin faltar el esperado lonche que consistía en unas grandes y sudadas tortillas de harina, con huevo y frijoles.

Al finalizar la tarde, terminada esta grata e inolvidable tarea, las señoras envolvían con mucho cuidado sus piloncillos y emprendían el camino a casa; los que traían más dinero compraban botellas con miel de caña y caña de azúcar; algunas más atrevidas pedían su pilón y la hija del dueño muy amablemente, les invitaba a beber un vasito de miel de caña, o bien a los niños les obsequiaba varias cañas de azúcar para que no se les hiciera largo el viaje.

La pasión por el trabajo y el honor de servir al pueblo, los ediles eran fieles colaboradores, por décadas se dedicaban a ser servidores públicos, que en aquel tiempo era una distinción o privilegio el poder serlo, no había remuneración.

Nuestros antepasados tenían una vida sosegada que desarrollaban en sus grandes y ventiladas casonas con patios inundados de sol, parecían ensanchar el ambiente dando un toque único con las flores sembradas en latas de manteca, era un espectáculo único, ver y oler al jazmín la blanca azucena, el clavel y los nardos; los alcaldes en los informes expresaban, estas plantas se cultivan en primavera y sirven para adornar los jardines.

Las personas leían mucho para poder ocupar puestos en la administración municipal, y los que no tenían la oportunidad de estudiar, en especial la gente del campo, era muy observadora e inquisitiva. Hoy en día al volver los ojos a nuestra Villa tras la modesta apariencia de las viejas puertas de madera carcomida por el tiempo y con el verde musgo; nos admiramos de que en esos patios llenos de sol, haya transcurrido la vida de nuestros ilustres antepasados.

La llegada de gente de otras partes del país, en especial de San Luis Potosí, Durango y Guanajuato, por el inusitado descubrimiento de minas de plata, plomo y zinc, trajo un auge comercial, todo se vendía, el intercambio de cosas sencillas que en la Villa se producían; el agostadero que comprendía era corto y estéril, muy abundante en maguey silvestre que era de mucha utilidad.

“El propio suelo produce para uso y comercio vino, mezcal, jabón de untos de ganado lanar y cabrío, plomo, baqueta de suela y descarnadas, plata en pasta de fuego, además harina, maíz, frijol, piloncillo, pieles de ganado menor y mayor, mulas, caballos y frazadas ordinarias de lana”¹; así mismo se vendía leche, queso, pan, cueros y zaleas.

En la Villa proliferaban los tendajos con sus mostradores pulcros, donde se podían encontrar todas las mercancías fabricadas por los talabarteros, zapateros, albañiles, herreros, caleros, panaderos, vinateros, fusteros y sastres, quienes representaban el renglón artesanal.

El espíritu del progreso se dejó ver en otra rama de la producción: la ganadería, que incluía el ganado

mayor como el vacuno, caballar y asnal; según la regulación que prudencialmente hacía la presidencia, se calculaba que el número de ganado de asta, lanar, cabrío, caballar y mular que existía en este municipio era de cinco mil o más cabezas en las que se contaban 200 bueyes, 700 vacas, 500 cabezas de lanar, 3, 500 de cabrío, 2, 000 de vientre de las tres clases de ganado que había en este distrito².

En la Villa se trabajaba al ritmo del avance de una tranquilidad emanada del marco político de su primer gobernador constitucional, don José María Parás, quien tomó posesión de su cargo el 15 de diciembre de 1825, esta política se reflejaba en el primer alcalde de la Villa don Mauricio de los Santos, quien creaba el ambiente de un auge económico en el pueblo; la industria se centraba en curtidurías, talleres de cotonías, prendas de lana y algodón; los trabajos eran manuales y se realizaban por mujeres; también había aguardiente en buen número de barriles.

Conforme la sociedad crecía entendía las necesidades administrativas que se hacían más complejas, como reflejo del crecimiento de la sociedad civil; así después de



Sin Título

¹ Independencia. Presidencia. Archivo Municipal

² Información Presidencia 1828. Archivo Municipal

la Independencia en el período de la República Federal como forma de gobierno la mayoría de los reales, haciendas, valles y misiones pasaron a ser Villas, o sea cabeceras de nuevos municipios; así el Real pasó a la categoría política de Villa el 17 de marzo de 1828 y se le dio el nombre en honor a uno de los próceres de la lucha por la Independencia general Juan Aldama González.

La política gubernamental se veía en el ambiente de progreso económico, en la Villa era muy sintomático, se dejaba sentir, entre otras motivaciones por los olores incomparables que despedían las cocinas de las casas y de los jacales; donde a la hora de tomar los alimentos había un gran movimiento; se acitronaba el ajo, la cebolla y se agregaba el orégano y el tomate para preparar el cabrito en salsa o al pastor; unas gallinas en salsa de tomate y el arroz con pasas de uva y nuez, con abundantes tortillas de maíz acompañados de café negro o con leche, al que había que soplar delicadamente para no quemarse los labios.

En las Haciendas de Santa Fe y de El Potrero, al igual que en la cabecera municipal las casas tenían su patio y corral donde estaban los caballos y las vacas; por la mañana los padres llamaban a sus hijos para que tomaran leche recién ordeñada; además huevo, queso y pan horneado; por la tarde se preparaban grandes aceros con panochas o bien panes de maíz con su buena ración de frijoles, la carne se comía casi a diario.

En los informes de alcaldes viene lo relativo al degüello de animales, nos dicen que algunos estaba en casas particulares como la del señor Miguel Botello, donde se sacrificaban por mes 117 chivos, siete cabritos, un cerdo grande y un cerdo chico; había también en la casa del señor Encarnación Solís donde se mataban 26 chivos que daban un promedio de 5 por día; esto se confirma por lo que nos decía el señor Gregorio Lecea, “los alimentos eran muy baratos, el kilo de maíz que era lo que más se consumía, costaba dos y tres centavos, el kilo de manteca cinco centavos, un cabrito, si no te lo regalaban, te lo vendían en 10 o 12 centavos”³.

En la flamante Villa existía el rastro municipal que no se daba abasto por la cantidad de animales

que se sacrificaban; había varios expendios de carne, con casillas particulares que se identificaban con bandera roja si era de res y con bandera azul si era de puerco; ahí se apretujaban las mujeres para ser atendidas con prioridad y con aspa vientos, remilgos y con poco dinero, escogían la carne, no sin antes quejarse del aumento que diariamente le subían el precio y le bajaban gramos a la romana.

Aunque el Real era muy partidario de los realistas empezó su vida de independencia; pronto se desvaneció lo viejo y apareció lo nuevo. En 1828 ya convertido en Villa, el alcalde fue don Mauricio de los Santos, a partir de este año fue posible tener el nombre de casi todos los ediles que se sucedían en el puesto cada año; como atraídos con un imán, llegaban hombres a trabajar a las minas; que marcaron un camino, una senda nueva de prometedora prosperidad.

³ Entrevista realizada a don Gregorio Lecea Cruz en febrero de 1990

En la Villa se observaba el trato humano y amable de los alcaldes, algunos hicieron obras materiales y otras el tiempo las ha hecho confundirse con montones de piedra. Nuestra inolvidable Villa es así, como un remanso en que todo angustiado peregrino encuentra un balsámico descanso y una flor con que alegrar su camino.

El reconocido poeta de mi pueblo don Emeterio Treviño González, si viviese le daría mucho gusto ver que su Patria Chica, como él la llamaba en su hermoso poema Mi Patria Chica, sigue igual con algunos cambios físicos; para los que la conocieron y para los que el gran creador nos proporciona la dicha de disfrutar de este pequeño y tranquilo lugar donde los españoles y los alzapas, unidos ya en el tronco común, que formó la nacionalidad en el calor del mestizaje y del amor a sus semejantes delinearon sus calles, sus casas, plazas, labraron la tierra, explotaron las minas y dejaron plasmada su sensibilidad en cada jacal, en cada casona y en todos los rincones de esta ilustre y próspera Villa y después en 1924 una incomparable ciudad, donde las páginas de la historia parecen haberse detenido y los recuerdos y las glorias pasadas viven con un dejo de eternidad.

Con la llegada de gente extraña, como le llamaban en la Villa, vinieron unos a trabajar y otros



Sin Título

a invertir su fortuna en el trabajo de las minas; el movimiento poblacional generó una serie de matrimonios, que inspirados en la bonanza y de que donde comen dos comen tres, integraron familias numerosas. La Villa en la época porfirista registró la más alta población absoluta que ha tenido, existían 3, 292 hombres y 3, 148 mujeres que daban un total de 6, 440.

En la amable Villa la alegría y el bullicio a veces se perdía por la llegada de plagas, como le llamaban a las epidemias que minaban la salud del pueblo entre otras las enfermedades respiratorias, fiebre tifoidea y la fiebre amarilla, la acción sanitaria del gobierno se dejaba sentir a través de campañas de vacunación realizadas por el delegado de salubridad.

En la Villa al igual que en otros lugares, la costumbre era sepultar a sus muertos primero en atrios de los templos o bien en paredes de los mismos, y en los campos la gente de escasos recursos; esta costumbre cambió al construirse su cementerio en 1851 y 1879; el día de muertos se iniciaba muy temprano con la visita al camposanto, para las personas era un día de luto y asistían de

ropa negra, con chalina negra en la cabeza y con un dejo de tristeza en los rostros; en sus manos cargaban ramos de flores del campo recién cortadas.

En nuestra señorial Villa, las calles y callejones se quedaban dormidos, después del acostumbrado trajín del día; en el silencio de la noche, solo se escuchaba el taconeo de los lugareños que presurosos daban alargados pasos para llegar a sus moradas; donde sus dueños dormían tranquilos con la seguridad que les proporcionaba la autoridad municipal y el cuerpo de policía, que siempre estaban a sus órdenes sin necesidad de desarrollar mucha energía y violencia.

Al amanecer el pueblo era despertado por el alegre repiqueteo de la campana de la parroquia de nuestra señora de Guadalupe, grupos presurosos acudían a ella, para escuchar el fervoroso sermón y después llevar a sus críos donde nutrían su espíritu con los conocimientos impartidos por los maestros de la escuela superior de niños en el antiguo Hospicio de Nuestra Señora de Guadalupe; y después de 1921 escuela superior de niños Ing. Miguel F. Martínez; así mismo, las niñas asistían a la escuela superior de niñas más tarde llamada escuela Profr. Pablo Livas. La educación básica era sostenida con fondos municipales.

La Villa tenía sus paseos que eran de poco costo, como visitar los lugares naturales, entre otros ver los trazos y las tonalidades de la caprichosa Sierra de Santa Clara e imaginarse: “en aquella loma está la cueva envenenada, ahí los indios dejaron grandes tesoros, pero no se puede entrar”; también subir a la Loma de los Valles y tirar de gritos: “Rutilo” para que se repitiese el eco en la anchurosa sierra que los recibía, egoísta, sin regresarlos, o bien ir al río a tirarse un clavado y tronar el agua; nada hacía más felices a los coterráneos que el mes de la molienda, aunque fuera una vez al año.

Rápido pasaba el tiempo para aquellos que se divertían, o bien para los que carecían de penas o para quienes las ahogaban en la vanidad de su existencia; no así para los pobres que arrastraban su vida en medio de las penurias pues sentían que los días pasaban lentamente como una eternidad; para los coterráneos que carecían de las cosas más necesarias, que no tenían conocimientos útiles ya que vivían siempre a lado de los suyos, tan pobres e ignorantes como los otros, para esos paisanos

les estaban vedados los sitios de reunión y aún las diversiones más modestas, a las que asistían las personas de cierto rango social; solamente la cantina, el zumbido o prostíbulo o en otros casos un casorio en los que está invitado todo el pueblo, ya fuera la fiesta en la plaza o en el jacal de la novia. Ahí si podían asistir.

Hace unos días regresé una vez más al pueblo de mi infancia, del que nunca me he alejado; me dio mucho gusto reencontrarme con los recuerdos que siguen vivos, como la raíz de un árbol que es origen, motivo y fundamento del ser.

El sopor del encuentro me hizo recordar historias de bailoteos, fiestas, romerías, que pasaban raudas, sin sentirlo, ocultas para aquellos que se divertían lejos de la casa del patrón o de la doña, para los que olvidaban sus penas o gustaban de flotar en el mundo de la frivolidad... tal como ocurría en la casa del Lupanar para la clase adinerada y el Zumbido para los jornaleros fastidiados, como para los transeúntes fortuitos que por un par de horas, o más, a veces toda la noche incluyendo tarde y mañana, se llenaban de una abundancia de sonrisas, música y calor.

La noche comenzaba a caer y a lo lejos los pálidos rubores de las nubes. Se confundían los ruidos de la música con el largo siseo del río. Ocurría en el mes de mayo, cuando florece la cosecha de maíz de temporal, con el dinero que llegaba había alegría en los campesinos, quienes veían sus mazorcas llenas de rectas hileras de granos brillantes como blancas perlas, se olvidaban de la familia o cumplían con ella, y sus demás enseres.

Era un camino seguro, y muchas veces bien acompañados, por el que andaban sus pasos rumbo al Zumbido, siempre contentos, por esas fechas, encubiertos en el verde sendero y el oleaje suave del aire, que iba obscureciendo, implacable a la noche. Los hombres pretextando unos tener hastío y otros tomarse un trago, comenzaban la jornada, ya que en la plaza del pueblo no había serenatas de cualquier tipo y a cualquier hora; y el cine divertido estaba clausurado. En la cantina se venían los tragos, la jugada de dominó y el bien escuchar las aventuras amorosas y exageradas de los parroquianos, que aderezaban con chistes rojos y hazañas propias de la chismografía machista y personal, que supera a la de las mujeres.

Era sábado y el Zumbido, también conocido como la zona, siempre tenía animación, y sólo bastaba cruzar el río con un puente de dos troncos y de pronto, ¡estabas en otro mundo!, el de los parroquianos, los visitantes, los libres, de los sin dueño o dueña. Todos reunidos en un gran jacalón con techo de lámina y piso de cemento, muy encerado y reluciente por las implacables pisadas de los bailadores; además de gruesas y toscas bancas de madera pegadas a los muros. También había un mostrador, donde acodada una mujer morena de hosco semblante, con voz alta y a todo pulmón, discutía siempre con el parroquiano necio de la tarde o noche, que se rehusaba a pagar un trago de mezcal.

Tan arreciado estaba el escándalo, que unos policías que descansaban a pierna tirante en las piedras de enfrente, se acercaron sin mediar explicación, y ¡zas!, le descargaban dos o tres macanazos en la espalda al pobre borracho, que se levantaba corriendo y salía despavorido cual gallina sin cabeza, o de plano caía al suelo, se le hacía un chichón que no recordaba y era llevado a la cárcel, de la presidencia, donde aguantaba la noche.

El Zumbido, el ambiente prohibido y privado de los pueblos, volvía a su normalidad después de esa chamuscada, y la mujer, hosca y morena, guardaba la copa y su botella en uno de los casilleros; ponía a funcionar la radiola, de donde escapaba la sensual melodía de un danzón tropical, con la que las damas empezaban a mover sus enormes protuberancias, con las caras llenas de cosméticos que remedan la grotesca apariencia de un payaso transpirando, ¡pobres mujeres que se reían de nada y bailaban con un hombre empapado de mezcal y sudor! Se insultaban y peleaban, ya entradas en copas, por el galán en turno.

Después de bailar la corridita "Para subir al cielo", y al rato con una música de un nuevo ritmo llamado swing, las parejas parecían súbitas apariciones que huían de la luz del día, se desprendían como sombras del foco amarillo del techo y daban unos brincos repentinos hacia delante y atrás que recordaban al pollo despescuezado que corría por el gallinero.

Al Zumbido se viene a bailar para olvidar la vida cansada y tediosa del trabajo pesado, alojada en los túneles y laderas de las minas, o en las interminables

parcelas de aire seco y sol sin techo, o arreando el cansino ganado; al Zumbido se viene a ganar una vida para olvidar, trampear una paz ficticia y pudiente, o quizás, malsana y maltrecha.

En el lupanar las botellas despedían destellos de chispas al ser heridas por la luz, e invitaban a todos a apurar la primera copa, tomando el alcohol de un solo tiro, las demás copas venían solas y sin aliento. La extraña sensación que produce el vino transformaba al hombre, y bailaba con doce cortesanas que alegres fumaban cigarrillo tras cigarrillo, cómodamente sentadas en una hilera de sillas, esperando comedidas a su bailador en turno. Que al son de la música saltaban en un estilo muy de rancho cual si trataran de esquivar balas que apuntasen a sus piernas, el bailador y la cortesana matando cucarachas a cada zapateado.

El Zumbido era para bailar con desahogo sin compostura alguna, en lo que pudiera alcanzar tu dinero, cuando no lo perdías o te lo quitaban en el baño. Tenía sus categorías por cliente: 1) los de medio pelo que tomaban y bailaban, 2) los de un pelo que tomaban, bailaban y podían llevar hetaira al cuarto por una noche y 3) los de pelo y medio, que tenían derecho a tomar, bailar y separar mujer en exclusiva para ellos, y no se dejaban ver por el resto de los parroquianos, clientes aventajados que entraban directo al cuarto.

Para seguir con el lupanar, al amanecer los hombres aturcidos por el alcohol abandonan el tugurio; salían al campo, cruzaban el puente del río haciendo zigzag, y a veces tenían un trapiés y ¡wan! directo a la corriente donde se les quitaba lo borracho, se daban un porrazo en las piedras lamosas y les despejaba la niebla de sus cerebros, donde aún les dibujaba la imagen de una mujer provocativa y acurrucándolo en besos... Se esfumaban luego los velos de la noche, que cedían a los primeros rayos y a esa otra realidad de la naciente aurora.

A las puertas del antiguo Hospicio de Nuestra Señora de Guadalupe, que servía de escuela, se escuchaban las voces confusas de los niños que acudían, y se mezclaban con el bisbiseo de las madrugadoras beatas que iban a misa, a primera hora del lunes. Y como decía Don Cacahuete, un viejo flojo, recio y avaro, cuando le preguntaban “¿Qué día es hoy?”, respondía “Sabadito lindo”, ¿y mañana? “Dominguito hermoso” ¿y después? “No

soy su calendario”. Así transcurría el amanecer del día.

Mientras, en el Zumbido el día es de un silencio conventual. En tanto, doña Carmen, una mujer fuerte, alta, cobriza, dueña del Zumbido, permanece de rodillas ante la Virgen de Guadalupe y frente al altar, rezando con los ojos fijos en el icono, a un lado una vela encendida, rogando por sus hijos, la empresaria que trabajaba con damas de la vida nocturna. Una señora tan piadosa como pecadora, con un corazón de oro, que ayudaba a todos los hijos de las cortesanas, quienes olvidaban a sus críos con gusto o propósito, al abandonar el lugar, y quedaban bajo el cuidado amoroso de la madama.

Ella, quien con esperanza infinita y jamás satisfecha, daba estudio, techo y comida a las niñas y niños que no tenían la culpa de la ignorancia o infortunio de sus padres y madres. Estaban solos, pero con la fortuna de una mujer en gracia, la señora Carmen, que sin rencores trataba de ser buena e irrigar dulzura en el camino de una vida seca y naciente.



Sin Título

Con paciencia y poco dinero, pagaba asistencia en casas de honorables familias del pueblo, para que sus niños del Zumbido acudieran a la escuela de la Villa; separados del mundo lujurioso e indiferente de sus progenitoras, la Doña no escatimaba en la dificultad de la empresa y al paso de los años y sometido a los juicios múltiples, se puede decir “¡Qué labor tan trascendente y bondadosa entabló esta señora!” Ahora, todos sus “hijos” e “hijas” son hombres y mujeres de bien, muchos profesionistas, otros religiosos, y todos en uno: agradecidos.

Carmen Márquez nació en uno de tantos lugares recónditos del estado de Veracruz, un 23 de abril de 1895 y murió en la Villa el 23 de diciembre de 1969. Allá lejos en el cielo se oyen los toques armoniosos de un sonoro coro que se esparcen con un adiós a esta generosa mujer, y la alegría musical se refleja en la cara de quienes ayudó. Gracias, mamá Carmen.

El Zumbido de mi pueblo era diferente a otros lugares, por la lección moral que se rescataba de una mujer bondadosa y piadosa, apegada a la iglesia, a su manera, que siempre se vio salvaguardada por sus espléndidas limosnas; no faltaba a la misa de los domingos y al término de la misma, los cumplidos saludos no se hacían esperar para ella: “Buenos días, doña Carmen, ¿Cómo ha estado?”, “Qué tenga un buen día”. En cambio, pasaba la mamá de una muy querida maestra y decían: “Ahí va la Braulia”, porque era presumida y poco amable con la gente.

Los viejos platican que la localidad bendice, considera y aplaude la existencia del Zumbido, porque les ayudaba a conservar la honra de sus hijas, las niñas de familia, ya que los hombres se divertían con las mujeres de la zona, que trabajaban para eso; que era un mal necesario decía el Secretario del Ayuntamiento, y avenía a las hijas de casa para un mejor momento. Asimismo, los impuestos que pagaba el Zumbido eran sustanciosos, además de las multas que traían los borrachos que participaban en los pleitos.

La vida de los habitantes de mi pueblo era sencilla y en muchos sentidos ingenua pero franca; difícil, mas espontánea. En alguna ocasión se vio envuelto el Zumbido en la tristeza de la muerte de un policía y un parroquiano, por la discusión de viejas rencillas, y como parte del pueblo la gente del Zumbido se enlutó también y asistió a dar su pésame.

En la cárcel de la presidencia con frecuencia se veía a las mujeres de la zona con desconsuelo y angustia por heridas recibidas en la cara y brazos; causadas por pleitos de borrachos donde ellas alcanzaban parte de la refriega. La última impresión que recuerdan los ex municipales, es la pronta y exigente revisión sanitaria que el médico les practicaba cada mes.

Así mismo, se disfrutaban las muchas y exageradas anécdotas contadas por los parroquianos ocurridas en la zona. En una ocasión el médico del hospital atendió a una mujer del Zumbido, y la llevó en su carro a la cárcel para declarar; sin embargo, la dejó unas cuadras antes para que la gente no pensara mal de él, y resultó que las señoras le dijeron: “Debería de haberla llevado hasta la cárcel”, quemándose el pobre hombre como un médico rastrero.

Otra pequeña equivocación la llevó un señor cuando le preguntó a una elegante y guapa dama que iba por la calle: “¿Usted es del otro lado? ¿Viene de Chicago o Houston?”, y la mujer sonriente le contestó: “Sí, soy del otro lado... pero del río”.

La existencia histórica del Zumbido, no se precisa el año, ya que los informes de los alcaldes hablan de que los vecinos se quejaban del ruido de la victrola del otro lado del río, desde tiempos muy atrás; ese tiempo de la fiesta y el desfogue, que es uno en lo añoso del presente, el presente del pasado y el futuro del presente, ha vivido varios cambios, del antiguo jacalón a la casona de material con muchos y amplios cuartos; de la vieja victrola a una brillante y estridente radiola y a una cantina a la media cuadra. Las regordetas y pintarrajeadas mujeres del Zumbido quedaron atrás, y aparecieron nuevas y delgadas, curvilíneas cortesanas; originarias de Laredo y Monterrey, que cambiaban con frecuencia de lugar por la facilidad del tren, trabajaban poco tiempo y cotizaban mejor.

Todas estas nítidas y coloridas realidades desbordantes de folclore, en las que palpitan las entrañas de mi pueblo nativo, permanecieron hasta noviembre de 1989, cuando se cerró definitivamente el Zumbido, y no por orden del alcalde, sino por los estragos del huracán Gilberto, que lo borró todo, desde la ribera hasta el otro lado del camino, en septiembre de 1988.

Solo un suspiro se escapa de tarde en tarde por el ojo de la aldaba que cierra a la antigua casona al otro lado del río, ya en ruinas, de lo que quedó, y va a confundirse con la estela luminosa de una estrella fugaz, que ilumina con pinceladas amarillas y grisáceas el oscuro firmamento de una casona menguada cual un fantasma triste y encanecido.

“¿Qué lugar es ése?”, se preguntan los lugareños más nuevos. ¿Dónde quedó, cómo era el Zumbido? Y a lo lejos, como si el aire fuera un recuerdo, se escucha una triste canción: ¿Dónde, dónde estás, con quién me engañas? *¿Dónde, donde estás, qué estás haciendo?*”



Sin título